

LAS CUEVAS DEL CIGARRÓN

TALLER DE HISTORIA Y COSTUMBRES DE EL PALMAR. Curso 2017/2018



Introducción

Trabajar el patrimonio de una localidad, tal y como lo abordamos en un taller como el que lleva en marcha ya varios años en El Palmar, suele conducir a que las miradas de los participantes se centren con mayor frecuencia en el marco espacial de su casco urbano. En efecto, es donde han sucedido casi todas las historias que hemos venido compartiendo este tiempo; donde vivía el grueso de las familias y también se ubicaban casi todos los comercios, las primeras industrias, los crecientes equipamientos. Y es el ámbito en el que más rápidamente pensamos cuando tratamos de recrear mentalmente aquella vida vecinal y cotidiana de la que tanto conversamos, el espacio donde tenían lugar los festejos, los rituales, los mercados... en fin, el día a día de otra época en torno a calles y plazas, al amparo de fachadas o bajo un mar de tejados y terrazas.

Con todo, nunca hemos dejado de lado la condición de lugar de paso de El Palmar, ni que se trata de un enclave en el que confluye el carácter huertano y montaraz de su paisaje. Siempre hemos contado y constatado la mucha vida que siempre hubo más allá de las últimas casas del pueblo, apartada incluso de los principales caminos.

Por ello, este curso nos propusimos profundizar en el pasado y la evolución de una zona muy concreta y singular de nuestra localidad de la que no se habla tan a menudo y, superando las expectativas que ya teníamos, nos hemos visto abrumados por el inmenso legado patrimonial y vivencial que este enclave atesora. Se trata de la barriada de San José de la Montaña, núcleo urbano nacido a comienzos de la pasada década de los 70 en la periferia serrana de El Palmar para acoger a los habitantes de las antiguas Cuevas del Cigarrón. Hemos dedicado varias sesiones a escuchar de primera mano cómo era la vida de aquellas familias que se fueron asentando en las entrañas pétreas de la rambla, descubriendo cómo salieron adelante y finalmente pudieron hacerse con una casa en condiciones. Hemos viajado a través de unos recuerdos en los que brillan además nombres propios de personas que brindaron un servicio asistencial y docente al barrio, que procuraron el cuidado de sus vecinos. Han fluido los apodos, los oficios, las costumbres, los afectos... y hasta el misterio de cruceros solitarios en mitad de un sendero, bajo los pinos, testigos de viejas historias de aparecidos.

[illegible]

LAS CUEVAS DEL CIGARRÓN. Taller de Historia y Costumbres de El Palmar. Curso 2017/2018 - 2

La vida en las cuevas

La utilización de una cueva como vivienda entronca con el concepto más primitivo de hogar que pudiera tener el ser humano. Las que por aquí menudeaban fueron surgiendo allí donde la erosión del viento y del agua pudo iniciar un primer abrigo en la roca blanda y porosa que tanto caracteriza a nuestra sierra. Ampliar su cabida solo era cuestión de tiempo y de duro trabajo a base de pico y pala, herramientas normalmente prestadas y compartidas entre vecinos y moradores. No es el del Cigarrón de El Palmar un caso aislado, pues todas estas montañas al sur de la ciudad estuvieron siempre salpicadas de habitáculos trogloditas agrupados normalmente en torno a una rambla. Proliferaron además allí donde estos cauces confluyen con esa amplia franja de servidumbre que ha supuesto la importante vía pecuaria que recorre toda la falda del monte, el Cordel de los Valencianos: se trataba (y se trata) de un espacio cuya titularidad estatal propiciaba la ocupación sin necesidad de rendir apenas cuentas ante los dueños y encargados de las grandes fincas que esta ancha vereda atravesaba.

Otras concentraciones de cuevas próximas al Cigarrón estaban en Lo Pertiguero y en El Pocico de Sangonera, cuya consolidación como asentamientos podríamos catalogar de inmemorial y directamente vinculada a la vida nómada y pastoril propia de la trashumancia. Pero llegó un momento en el que hubo quien quiso echar raíces en ellas o tal vez no pudo echarlas en otro sitio, convirtiéndose por tanto en verdaderos hogares donde crecieron varias generaciones de palmareños. Por los registros parroquiales, en cuyos libros no se especificaría el domicilio de los feligreses hasta los inicios del siglo XX, hemos averiguado que ya entonces figura entre las partidas el paraje de Las Cuevas como lugar de residencia. También se ha podido saber, como dato curioso y gracias a la cartografía antigua, que a la rambla del Cigarrón se la ha conocido en otras épocas como “de las Higueras” o “de las Escaleras”.



En este barranco, esparcidas por un ámbito que quedaba delimitado entre La Paloma y Casa del Pino, de Los Melgarejos al llamado Corralón, llegaron a estar habitadas simultáneamente varias decenas de cuevas... y lo estuvieron hasta hace apenas cincuenta años. En un censo de 1960 se computan un total de 32 “chozas” (cuevas) habitadas por 125 personas. Las han venido ocupando familias de las que hemos podido escuchar testimonios, conocer sus apodos y establecer parentescos: los Felipes, los Bueyes, los Picardías, los Cenagares, los Lebrillanos, los Erizos, los Pachales, los Gorriones, los Guerreros, los Cadules, los Molinas, los Hernández, los Alcaldes, los Sandoval, los Serrano, los Lucas, los Izquierdos... todo un vecindario que terminó consolidando este lugar como barriada de nuestro pueblo.

Familia posando delante de la puerta de su cueva, en el Cigarrón.

No todas las cuevas tenían las mismas dimensiones, pero tras el muro de contención que actuaba de fachada y en el que solo se abría el hueco de la puerta de acceso, se disponía la sala principal y más amplia. Se ramificaba luego hacia un lado y hacia otro en varias habitaciones contiguas, a modo de dormitorios: uno para los padres, otro para los abuelos, otro para los hijos... y si la familia crecía, se robaba a la montaña un nuevo espacio. En la estancia central era donde se disponían los tinajeros y silleros, elevados sobre el suelo de tierra apisonada; en otro frente, la típica mesa de alas sobre la que reposaba algún cántaro coronado por un tapete de ganchillo; y sobresaliendo de la pared, unos palos cortos y recios que permitían colgar jarras de barro como todo adorno bajo aquellas bóvedas periódicamente reforzadas y blanqueadas con cal. Era frecuente que las superficies se ahumaran con la llama de los quinqués y los candiles, que era lo que se utilizaba para iluminarlas. Luego estaba la estancia con uso de cocina, que disponía de ventilación a través de una lucerna que subía en vertical hasta la superficie de la ladera, chimenea que servía de tiro para mantener encendido el fuego de leña (primero) y los *modernos* hornillos de petróleo (después); pendiendo del techo, estaban las cañas donde se secaba el embutido. Lo que desde luego no tenían aquellas cuevas era aseo, ni retrete, ni letrina: un simple agujero en el suelo en los aledaños de la casa, detrás de algún albardín. Delante de la puerta de entrada, muchas contaban con una especie de patio sin más cercado que el que proporcionaba la vegetación circundante y aprovechado como corral; muchas familias bajaban semanalmente a la recova del mercado del pueblo, sacando un dinero por la venta de los animales que criaban.



Que las cuevas se abriesen junto a un cauce no aseguraba a sus moradores el agua diaria, ni mucho menos corriente, frente a su puerta. En realidad estaban lo suficientemente elevadas como para evitar que se inundaran con alguna puntual crecida y, por otra parte, lo normal en estas latitudes es que el lecho estuviera habitualmente seco. Hubo algún que otro aljibe en la zona, de los que se llenaban con la escorrentía, pero lo habitual era ir hasta la Fuente del Caño o a la del Charco para llenar cántaras con las que abastecer cada cual sus tinajas; o a la concurrida Poza de la Marrana si lo que querían era lavar la ropa o darse un chapuzón. La distancia a cualquiera de aquellos manantiales no era poca ni las rutas tan directas como ahora, lo que implicaba tomarse un buen tiempo hasta alcanzarlos. Afloran al respecto algunas anécdotas, como la de aquella niña que una vez acompañaba a su madre con el *cantarico* que ésta le había regalado para que también lo llenara en la fuente; la vasija acabó hecha añicos sobre los guijarros del camino, pues se le cayó por el susto que se llevó ante unos ojos muy grandes que vio en mitad de la oscuridad, mirada brillante y redonda que resultó ser la de los faros de un camión de los que transportaban el material extraído de alguna cantera cercana.



Boca de un antiguo aljibe en las Cuevas del Cigarrón.

Descarnar la montaña, labrar la tierra

El sustento de las familias asentadas en las Cuevas del Cigarrón venía de trabajos que desarrollaban fundamentalmente en lugares bastante inmediatos al sitio donde vivían, unos como jornaleros de sol a sol en las grandes fincas de la zona y otros en el duro tajo de extraer de la sierra materiales de todo tipo, especialmente relacionados con el ámbito de la construcción (de tanta presencia en El Palmar): caliza de las canteras, yeso de alguna mina, arena y grava de la propia rambla... También había quien obtenía *tierra láguena* o *piedra tosca*, como hacía la recordada familia apodada “los Camaduras”, vendiéndola luego en el pueblo por su utilidad como producto de limpieza. O quien recogía leña del monte y la suministraba en gavillas a los hornos y a las familias que la demandaban. Para encender lumbre se aprovechaban hasta los tocones de los pinos, arrancándolos los hombres primero de la tierra y recogiendo los tras ellos aquellas manos infantiles que contribuían con su esfuerzo en las labores.

Hubo en las cuevas también algún recordado aguador, como el Tío Pepe Pericales “el Dulce”, quien llenaba la pipa en los surtidores de la sierra y luego iba ofreciendo su líquida mercancía en un carro que pasaba por las calles del pueblo y por los carriles de la huerta. Además de agua, solía llevar consigo ramas de tomillo, hinojo, *acidrea* (ajedrea)... plantas aromáticas de las que brindaba el monte y que acababan en los pucheros para especiar la comida o en las orzas de barro donde se *arreglaban*

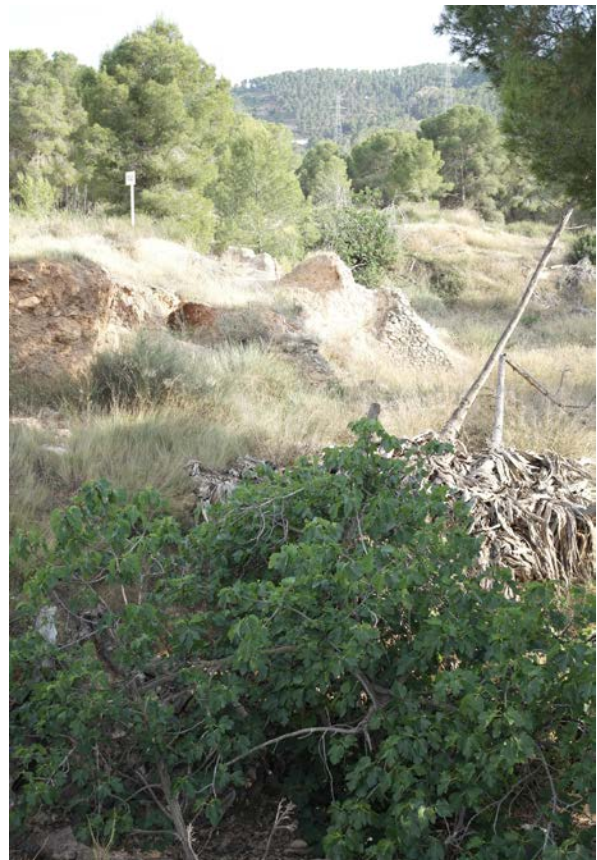
las olivas. También era muy apreciada entre la clientela aquella otra especie conocida como “quebrantapiedras”, pues era mano de santo entre los que padecían de cálculos renales; o los sabrosos palmitos que se vendían especialmente durante la fiesta de San Antón junto a la Venta de La Paloma. Otro de los que llevaban carro era Manuel Hernández “Manolé”, también apodado “el Tomatero” porque transportaba en él mucha hortaliza (sobre todo tomates) y frutas de todo tipo.

Además de la venta en la recova, un oficio relacionado con los animales desempeñado por algunos vecinos de la zona era el de cabrero, como lo fue José Mármol “el Curro”. Y muy curiosa la faena de Miguel “el Talegas”, pues lo que recogía casa por casa en las alforjas de su montura era gallinaza, estiércol de ave que luego tenía muy buena venta como abono.

Entre las mujeres hubo alguna que otra partera de aquellas que salían a cualquier hora del día o de la noche allí donde requerían de su asistencia, como Ángeles Baños Gil; o Dolores López Marín “la Tía Roja”, quien se prestaba a arreglar los papeles a las parturientas para que pudieran recibir la leche en polvo y el queso que la llamada Caja Nacional entregaba como ayuda de manutención. La crianza era siempre breve y las hermanas mayores cuidaban de los pequeños en cuanto podían hacer frente por sí solas a las tareas de la casa; la madre trataba de engancharse cuanto antes a la cuadrilla de temporeros o, con más suerte, al trabajo en algún almacén de los que funcionaban en el pueblo. Tampoco duraba mucho el tiempo de escuela, que se alargaba lo justo para que las criaturas supieran leer, escribir y, en el caso de las niñas, también coser.

Ayudar a los mayores en el trabajo era lo habitual, sin dejar de disfrutar tampoco de una infancia feliz en un entorno tan abierto y tan marcado por la naturaleza, donde la imaginación era siempre la mejor aliada. Cuentan quienes lo han vivido que los niños se confeccionaban sus propios coches de juguete tan solo utilizando trozos de caña y palas de chumbera. De vez en cuando pasaba cerca el hilero y se podían hacer las niñas con alguno de aquellos toscos muñecos de barro al que luego vestían con trapos. También se divertían trepando a los árboles, en cuyas ramas se columpiaban; y si donde se subían era a las higueras, por ayudar a recoger los frutos que estaban más altos, debían hacerlo cantando: así lo pedía por ejemplo la Tía Pilar Baño, encargada de cosechar las que crecían en Lo Pertiguero, para que no se entretuvieran en comer algún higo mientras tanto.

El paraje de las cuevas en la actualidad,
un espacio lleno de vida en otro tiempo.



La influencia de las grandes fincas

Como se ha dicho, las Cuevas del Cigarrón se disponían a lo largo del cauce de la rambla, aprovechando paredes y terrazas del barranco. Estaban además bajo el ámbito de influencia de varias grandes propiedades repartidas entre unos pocos terratenientes, herencia de la concentración de poder sobre el territorio que siempre ha caracterizado a nuestra comarca, consolidada a lo largo del siglo XIX y mantenida durante la mayor parte del XX. Con frecuencia hemos hablado de ellas en nuestro taller: Buenavista, Lo Mesa, Lo Pertiguero, Mayayo, Las Llanas, La Pinada... fincas que extendían sus dominios por la falda de la sierra y que todavía hoy aglutinan muchas de las tierras a este lado del Puerto de la Cadena. En ellas han trabajado generaciones de palmareños, regidas siempre en lo económico por administradores de la confianza de los señores, vigilados sus predios por celosos guardas y custodiadas las construcciones por familias del pueblo que ejercían de caseros y las mantenían a punto para cuando los distinguidos propietarios decidían pasar unos días en ellas¹. Muchos relatos nos han llegado sobre el interior de los caserones, de los vetustos muebles que guardaban y de las obras de arte que colgaban de sus muros, percibidos como verdaderos palacios por aquellos campesinos que alguna vez plantaron sus gastadas esparteñas sobre los lustrosos pavimentos hidráulicos de que disponían.

Entre todas estas posesiones, la finca de La Pinada es la que probablemente haya quedado más afectivamente vinculada a la memoria de los moradores del Cigarrón. Desde luego, fueron muchos quienes trabajaron en ella; la mayoría labrando y alguno que otro, como el Tío Jesús Baños “el Guardia”, ejerciendo de vigilante. Pero quizá haya trascendido más en lo emocional porque la que fue su propietaria en las décadas finales de ocupación de las cuevas, M^a de los Ángeles Pérez-Villamil y Pineda, acabó al parecer convertida en una extraordinaria benefactora de los más necesitados. Se encuentra esta hacienda en la subida hacia el puerto y tuvo como nombre primitivo el de Lo Tizón (o El Otizón), pero la abundancia de pinos en sus predios unida a un cambio de titularidad que se produce a finales del siglo XIX, cuando la recibe en herencia la familia Pineda y González-Maldonado, abocó en la denominación mantenida en nuestros días.

M^a de los Ángeles era descendiente por parte materna de los Condes de la Concepción (de tanta resonancia en El Palmar), hija de Dña. Concepción Pineda González-Maldonado y del arqueólogo, académico y escritor D. Manuel Pérez-Villamil García. El padre, natural de Sigüenza y de profunda ideología conservadora, recibió cargos de responsabilidad en el Museo Arqueológico Nacional y hasta le fue encomendada la realización de un catálogo general de los monumentos históricos y artísticos de España; también dirigió publicaciones como “La Ilustración Católica” (1879-1887), participó en la fundación del partido de Unión Católica en 1881 y fue secretario del XXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Madrid en 1911².

¹ A comienzos de siglo XX, “Lo Mesa” era propiedad de D. Horacio Moreu Gisbert (Conde de Torre Isabel). “Buenavista” estaba en manos de Dña. Concepción Melgarejo y la administraba D. Rafael Urbina (Marqués de Rozalejo). “Mayayo” era de Dña. Carmen Pareja y “Las Llanas” de Dña. Ana Bernal, ambas administradas por D. Bartolomé Bernal. Y “La Pinada” pertenecía a la familia Pérez-Villamil, administrada por D. Rafael Castillo Saiz.

² Información obtenida de la web de la Real Academia de Historia (<http://www.rah.es/10718-2/>)

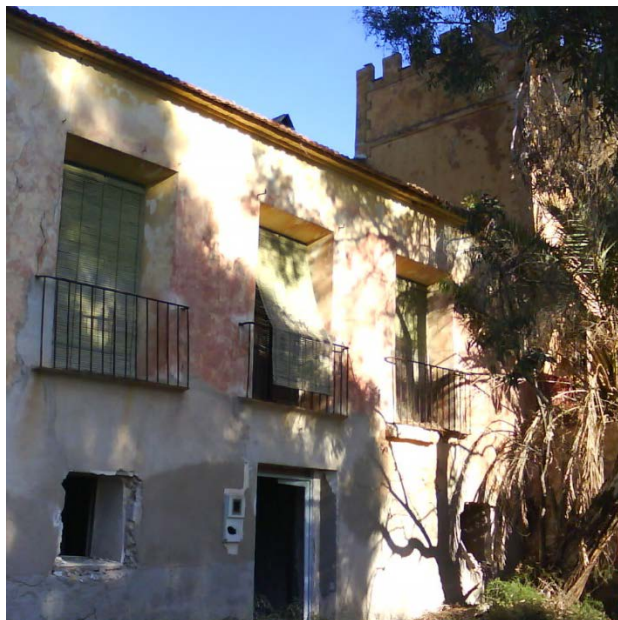
La finca contaba con una pequeña ermita en la que se celebraba misa dominical y a la que solían acudir los vecinos de los contornos... pero la trascendencia vendrá de la mano de algunos gestos de generosidad de la “señorita de la Piná”. M^a Ángeles era soltera y, quizá por aquello de dejar su impronta en una descendencia que nunca tuvo, quiso ayudar cuanto pudo a los niños y niñas de las cuevas. Nos cuentan que venía la señorita anualmente desde Madrid por la fiesta de la Virgen del Carmen y en la casa principal se instalaba para ya pasar todo el verano. Desde ese día, todos los zagales de la zona en edad de comulgar, eran convocados a recibir la catequesis que impartía la propia M^a Ángeles; los recibía cada tarde con una jarra de limonada y galletas de coco, recuerdan. Mientras avanzaban las semanas del estío, la señorita iba entregando a cada madre la tela traída desde la capital con la que poder confeccionar los trajes comunión de todos ellos. Y llegado septiembre, contando además si era posible con la visita del señor obispo como oficiante, tenía lugar la esperada ceremonia. Tras la misa, no faltaba la merienda con la que la propietaria agasajaba a los protagonistas y a sus familias; cuentan que hubo años en los que mandó preparar una tarta por comulgante, con merengue azul para los niños y rosa para las niñas. Se solía completar la jornada con la celebración de juegos y carreras de cintas³. En fin, la mejor de las fiestas en la memoria de aquella chiquillería.



M^a Ángeles Pérez-Villamil, “la señorita de La Piná”, junto a la balsa de la hacienda (arriba) y durante una celebración en la ermita (derecha).



³ “Línea” (1/10/1949) y “Línea” (10/9/1958) contienen notas de prensa en las que se describen aquellas comuniones celebradas en la ermita de La Pinada.



Casa y ermita de La Pinada en la actualidad, con el singular almenado que corona el volumen de la capilla.

Los ventorrillos del Cigarrón

Las celebraciones que se organizaban en La Pinada no eran, ni mucho menos, las únicas con las que contaban los vecinos de la zona. El ocio y la diversión también tenían cabida bajo las bóvedas humildes de las cuevas y extendía su alegría por la sierra, especialmente con motivo de la fiesta de San Antón, cuando todos los habitantes de El Palmar tomaban el monte para disfrutar de la típica merienda de ese día y coger palmitos.

A lo largo del año y como en cualquier barriada, también se contaba con esos lugares en los que nuestros abuelos departían tras la dura faena, jugaban la partida o se tomaban un chato de vino: los ventorrillos. En el Cigarrón hubo dos: el más célebre y concurrido siempre fue el de la Tía Pilar, regentado por Pilar Baño Nicolás y Antonio Fernández Sánchez “el Churrales”; luego Antonio López Gil y Concha Baños Gil pusieron el de Valentín.

En nuestro taller nos han hablado de los bailes dominicales que se organizaban, llenando de algarabía unos ventorrillos-cueva que eran lo suficientemente espaciosos como para permitir que se juntara bastante gente dentro durante el invierno y con amplia explanada en la puerta para cuando llegaba el buen tiempo. Dicen que el suelo de la cueva de la Tía Pilar estaba cubierto de una capa de cemento y pintado de rojo, evitando con ello que se levantara polvareda con el trasiego de la concurrencia.

Imaginamos las estancias inundadas por el olor a vino, a michirones y a patatas cocidas con ajo, las escasas viandas que allí se servían. También reverbera en la memoria de muchos la melodía de los instrumentos que tocaban algunos vecinos, como el propio Antonio López “Valentín”, que se daba mucho arte con la guitarra; otros músicos venían semanalmente desde Sangonera la Verde, como un tal “Carpanta” que tocaba la bandurria y un barbero que hacía lo propio con el violín... La juventud aprovechaba la ocasión para alternar, pues no se contaba en el monte con el típico paseo propicio para el galanteo que en todos los pueblos, como ocurría en El Palmar, frecuentaban mozos y mozas. Organizado el festejo, lo idéntico a cualquier baile de la época era el corro de vigilantes madres sentadas alrededor de la pista. También la necesidad de pasar un rato agradable en compañía de los amigos tras los largos días de trabajo, alimentando el sentido de vecindad y estrechando lazos entre las familias.

Compartir y convivir, como en cualquier barrio del mundo... pero en el Cigarrón teniendo unas sencillas cuevas como pétreo abrigo de todos esos sueños y deseos de prosperidad que hacen que la sociedad avance.



En la puerta del ventorrillo de la Tía Pilar

Una nueva barriada

La precariedad y la falta de seguridad estructural que siempre presentaron las cuevas, tanto las del Cigarrón como las de otros enclaves de esta serranía, motivó que aparecieran iniciativas sociales en favor de su definitiva demolición y traslado de los moradores a unas viviendas más dignas y estables. Son varias las cooperativas y organizaciones benéficas que, ligadas al Régimen y a la Iglesia Católica, se fundan a partir de mediados de siglo XX para remediar la situación de aquellos enclaves. No olvidemos que, además de las carencias en materia de salubridad, puntualmente se producían sucesos y desgracias tales como el repentino desplome de alguna cueva, o los destrozos causados por una inundación. Más de un testimonio de los que nos han llegado narra cómo en tiempos de avenidas los vecinos se veían obligados a cruzar el cauce con un caudal muy crecido, poniendo en riesgo sus vidas. En la prensa de la época se habla textualmente del *“problema angustioso de los habitantes de las Cuevas del Cigarrón, que al estar formadas por terreno gredoso y de láguena, suponían el peligro de hundimiento en cualquier instante, cosa que se pudo comprobar en varias ocasiones, teniendo incluso que derribar alguna de ellas”*.

En el caso de El Palmar y siguiendo la experiencia ya puesta en práctica en zonas similares de Beniaján o Algezares, se creó la cooperativa “San José de la Montaña”: una entidad encargada tanto de promover la construcción de las nuevas casas destinadas a los habitantes de las cuevas, como de canalizar todas las ayudas y subvenciones que se pudieran recoger para poder sacarla adelante. El nombre de San José de la Montaña es el que recibiría precisamente el paraje a partir de 1965, asignado de forma oficial para suprimir el de Cuevas del Cigarrón⁴. En sus inmediaciones se concibió una barriada de nueva planta compuesta por 42 viviendas de una planta en hilera y una iglesia, todo según proyecto del arquitecto Fernando Garrido. En una entrevista publicada en prensa con ocasión de la colocación de la primera piedra de la urbanización, que tuvo lugar el 5 de enero de 1967, el entonces párroco de El Palmar D. Francisco Martínez Zapata apuntaba que los terrenos habían sido cedidos por la Marquesa de Marbais.



Recorte de prensa con la noticia de la colocación de la primera piedra de la urbanización (Línea, 6/1/1967).

⁴ Línea (14/1/1965).

Entre otros nombres de los integrantes de la mencionada constructora, ha trascendido el de Antonio González Luján como presidente de la misma y a la sazón propietario de la tejera que había en el camino de San Ginés, y también el de José Serrano, director de la sucursal de la Caja de Ahorros del Sureste en El Palmar. Sabemos que se recibieron donativos y préstamos por parte del Patronato Provincial “Onésimo Redondo” (400.000 pesetas) y también de empresarios locales como D. Bartolomé Bernal (100.000 pesetas, unidas a la posibilidad de extraer gratuitamente piedras y áridos de su propiedad para la nueva obra). Además, se pidió apoyo económico al Estado por un valor de 30.000 pesetas por casa... pero el grueso de los gastos lo asumirían los propios beneficiarios, pagando con sus peonadas diarias de albañilería el derecho a que se les adjudicara finalmente una de ellas. Se calculó en su momento un coste total por vivienda de 105.000 pesetas y se estimaron en un millar las horas que debería echar cada familia para cubrir su parte⁵.

Otro personaje que ha salido en varios de los relatos relacionados con este tema es D. Fulgencio Bernal Méndez, coadjutor de la parroquia durante tan solo tres años pero que vinieron a coincidir con el arranque de las obras de San José de la Montaña. El Palmar fue su primer destino tras haber sido ordenado sacerdote en 1965 y desde que llegó a nuestro pueblo se volcó intensamente con el proyecto; quienes compartieron su labor hablan de él como un auténtico “cura obrero”. Cubiertas sus obligaciones pastorales, dicen que sacaba tiempo para trabajar de panadero o en lo que le salía, con tal de ganar un dinero con el que ayudar a las familias de las cuevas y comprarles materiales. Vino a insuflar además de aire fresco y renovador la vida parroquial, atrayendo de nuevo a la juventud. Cuentan que la casa en la que vivía, en la Calle de la Gloria, tenía la llave colgada en la puerta para que cualquiera pudiera entrar; los jóvenes organizaban allí sus bailes... y hasta les prestaba la moto que tenía si por algún motivo la necesitaban. No es de extrañar que luego, en los días de Navidad por ejemplo, consiguiera que lo acompañaran decenas de muchachos y muchachas en sus visitas a los vecinos del Cigarrón para cantarles el “aguilando”.

Las casas del barrio se fueron levantando poco a poco, con tanta ilusión como esfuerzo. No llegó nunca a construirse la iglesia proyectada, pero sí se contaba ya con una pequeña escuela unitaria, creada en 1960 y de la que fue director el recordado Salvador Cerón Lax: otro personaje clave en esta historia, maestro de profesión y alcalde de El Palmar en esos años. De hecho, se aprovechaba el local escolar para celebrar las misas dominicales... y cuando en 1972 fue suprimida e integrada en el Colegio Comarcal de Los Rosales⁶, su edificio se siguió utilizando como centro comunitario sobre el que ha girado toda la vida cultural y social del barrio; en tiempos del pedáneo Pepe “el Cuartero” se daban allí cursos de corte y confección, y hasta de carnet de conducir, pues eran muchos los vecinos que conducían sin el preceptivo permiso. También era donde se guardaban las imágenes de los santos patronos del barrio, regaladas por el párroco Francisco Martínez Zapata: una Virgen y un San José a los que se empezó a celebrar una concurrida fiesta en torno al 1 de mayo, costumbre que arraigó durante varias décadas pero ya algo decaída.

⁵ Encontramos información en prensa sobre la construcción de la nueva barriada de San José de la Montaña: Línea (6/1/1967), Línea (24/11/1970), Línea (20/2/1971).

⁶ Línea (25/8/1972).



Entrega de llaves de las nuevas casas. Se reconoce en la imagen al alcalde Salvador Cerón, al párroco Martínez Zapata y a Antonio González Luján. La mujer que recibe la documentación como propietaria es la Tía Cenagara.

La entrega de llaves a sus propietarios tuvo lugar el 21 de febrero de 1971, tras la celebración de una misa de campaña en el paraje. Una vez efectuado el traslado de todas las familias a sus flamantes residencias, las viejas cuevas fueron hundidas para que nunca volvieran a ser ocupadas... y así permanecen hasta hoy. Quedaron mudas las bocas de entrada a aquellas galerías, ahogadas en su propia tierra y tomadas con el tiempo por la maleza, mientras se llenaba de vida la nueva barriada de San José de la Montaña. También se asignó enseguida denominación oficial a su callejero: Plaza Nicolás de las Peñas (en honor del Gobernador Civil en el momento de la construcción), Marquesa de Marbais (donante de los terrenos), Onésimo Redondo (como el nombre del Patronato de Vivienda) y Todos los Santos (como referencia religiosa)⁷. Recientemente y en base a la Ley de Memoria Histórica, se aprobó el cambio de denominación para la calle Onésimo Redondo por el de Rambla del Cigarrón. Rescata El Palmar con ello el nombre del enclave que fue su verdadero origen. Un barrio nacido de las entrañas del monte y que supo fluir ladera abajo, como gotas de memoria que siguen humedeciendo nuestros ojos y regando la pequeña gran historia de quienes han vivido en este rincón de nuestro pueblo.

⁷ Actas Capitulares del Ayuntamiento de Murcia (23/11/1970).



***Taller de Historia y Costumbres de El Palmar
Junio 2018***

